PRIMER IDEOLOGO DE LA REVOLUCION MEXICANA

EL ASESINATO DEL PRESIDENTE MADERO

22 de febrero de 1913: Carranza dispara contra Madero. Culminan los planes de Huerta para liquidar al presidente.

PUDO haber sido un héroe, pero su falta de decisión final lo dejó tan sólo en un mártir. Debió haber sido un gobernante porque tuvo para ello todos los votos a su favor, pero se quedó en un teórico de la revolución. Le sobró buena voluntad pero le faltó coraje. «La revolución —escribió a este propósito el periodista mexicano Blas Urrea— es mal doloroso para el cuerpo social. Pero el primer deber del revolucionario es no cerrar la herida que se ha abierto sin sacar previamente todo el pus que hay debajo. Si no se hace esto, serán inútiles todos los sufrimientos a que se ha sometido al paciente. Y al hombre que ha provocado la operación, se lo maldecirá en el trascurso de la historia.»

Francisco Madero está considerado hoy, a muchos años de distancia de su fracaso, como el hombre que puso en pie de guerra un proceso revolucionario. Es su gloria, ciertamente. Y para el pueblo mexicano todos los honores que se le rindan tienen una justificación de homenaje. Pero es preferible que no se toque el proceso de aquella aventura. Hubo muchos cabildeos, muchas indecisiones graves, una absurda intención de contentar a todos. Francisco Madero pecó de ingenuo, de falta de conocimiento de los hombres que lo rodeaban, de mano izquierda para solucionar con picardía las dificultades que se pusieron no a su ascensión a los puestos de máximas responsabilidades, sino al ejercicio de un poder que se le había confiado para algo más que para intentar mantener el orden. Las haciendas de San Pedro de las Colonias no eran lo mismo que las difíciles y extensas áreas del Estado Mexicano. Y el paternalismo un poco decadente de las experiencias socialistas de Madero en las haciendas de su heredad, no podía ser el curalotodo de una situación controvertida y minada desde sus raíces.

UN EXTRAÑO MUCHACHO.—Francisco Madero nace en 1873. Viene de familia acaudalada: una larga y tradicional familia del campo mexicano con muchas tierras de su propiedad, con una espléndida mansión en el Rosario de Parras, con una formación añejamente católica en la que se empezó a educar al chico juntamente con su hermano y sombra Gustavo. Primero fue a la escuela rural, donde es natural que se le tuviera la consideración que competía a un «hijo de los señores». Después pasó al colegio de Jesuitas en Saltillo.

Los recuerdos que dejó en el colegio no son buenos precisamente. Francisco Madero sufría por entonces ataques casi continuos de enfermiza histeria que traían locos a sus profesores. ¿Las causas de estos alterados estados de conciencia? Pues enfermedad física, sin duda. Pero también una incipiente falta de coraje para superar las contradicciones o para admitir las dificultades. Lo cierto es que en el colegio de los Jesuitas se respiró con alivio cuando el señor Madero padre decidió trasladarse con su familia a París después de algunas agrias disputas con los emisarios del régimen dictatorial de Porfirio Díaz.

Francisco siguió sus cursos de bachiller en un colegio de Versalles. Y antes de regresar a América para cursar abogacía en la Universidad de San Francisco, en California, tuvo oportunidad de viajar por Inglaterra, por Alemania, por Italia. Países en formación dentro de la nueva conciencia del tiempo, países en pleno despegue de las condiciones viejas de toda sociedad burguesa para instalarse en el novísimo modo de las sociedades proletarias. Madero pudo ser testigo de las luchas del campesinado por su liberación, de las luchas

De izquierda a derecha, Huerta, Madero y Pancho Villa: dos víctimas y un verdugo.

de los obreros de las grandes factorías. Cada nueva experiencia la consideraba en virtud de su implantación en México cuando regresara a la patria.

Quizás por eso le pareció que no valía la pena perder el tiempo en San Francisco haciendo una carrera que luego le serviría de bastante poco. A mitad de curso abandonó los estudios, se trasladó a San Pedro de las Colonias y se dedicó a la explotación de las extensas tierras que su padre ya no podía cuidar a pesar de su incesante espíritu de trabajo. Y para sorpresa de todos, aquel muchacho de constantes inestables y enfermizas se comenzó a revelar como un excelente hombre de negocios y un emprendedor agricultor que esperaba dar la vuelta a los procedimientos técnicos usados hasta entonces. Canalizó el río Naza, repartió el agua entre todos los agricultores de la comarca, importó de Estados Unidos algunas modernas técnicas de cultivo, creó escuelas para los analfabetos de sus haciendas, creó igualmente un instituto comercial, invirtió sus ganancias en mejoras higiénicas y urbanísticas de las viviendas de sus peones, fundó cuantiosas becas para que los hijos de los aparceros pudieran ir a estudiar a México capital Federal... Un padre para todos.

LA VOZ DE LOS ESPIRITUS.—Pero se metió en una secta espiritista. La cosa no tendría mayor importancia si de repente no le hubiera dado un vuelco a su vida. Porque Francisco Madero, que podía haber pasado a la historia como una especie de adelantado social de la participación del obrero en la empresa en que trabaja, se convirtió en un soñador político a quien —como en la leyenda antigua— los augures le predecían los más altos triunfos.

Ya se ha dicho que fue educado en la más recia tradición católica. Pero en América ha tenido el espiritismo muy buena prensa y una gran aceptación popular. Francisco Madero empezó a asistir a las «tenidas» espiritistas. Y en ellas se invocaba el espíritu de los grandes libertadores mexicanos: Moctezuma, Hidalgo, Cortés, Benito Juárez... Una noche, a Francisco Madero le pareció escuchar claramente la predicción de su propio destino:

—Serás presidente de la República.

Y como si fuera dogma incontrovertible, Madero salió dispuesto a meterse en el berenjenal político que por entonces conmovía a México. Naturalmente, desde el campo de la oposición. Porque ya se entenderá que con una formación hecha en una Europa liberal, Madero no podía admitir con sosiego una dictadura que, como la de Porfirio Díaz, llevaba ya en el poder cerca de treinta años. Las elecciones eran puro escarnio democrático. Imperaba la ley del pucherazo. Y entendió Madero que era por aquí por donde había que empezar a atacar la consistencia de un régimen ominoso.

En 1908 publicó un libro que causó sensación: *La sucesión presidencial de 1910*. Era la primera vez que un ciudadano mexicano se atrevía a criticar al viejo dictador. Madero ponía la piedra en el ojo: la solución no estaba en mejorar algunas circunstancias injustas del régimen de Porfirio Díaz, sino en impedir abiertamente que el dictador fuera reelegido. Era imprescindible fundar cuanto antes un partido antirreeleccionista que le diera la batalla a Porfirio. Pero Madero se quedó prácticamente solo con la atrevida idea. A sus mismos familiares les entró un pánico espantoso. Y ni los más fieles amigos quisieron brindarle su simpatía.

Pero a Madero le sobraba terquedad. Y siguió adelante con sus propósitos convenciendo uno a uno a sus posibles partidarios. Lo importante era que se le nombrara candidato a las futuras elecciones antes de que se cerrara el plazo de inscripción. Y lo consiguió el 10 de abril de 1910. Porfirio Díaz, que hasta entonces había despreciado olímpicamente al «jovenzuelo» metido a político, empezó a creer en el peligro. Y organizó una campaña de desprestigio que alcanzó su máxima virulencia en los periódicos adictos al régimen y en los púlpitos del clero conservador y paniaguado.

Madero se armó de valor, se fue a ver personalmente a Porfirio Díaz y le propuso una alternativa: Madero estaba dispuesto a retirar su candidatura si Porfirio Díaz accedía a sumarlo a su propia lista electoral como vicepresidente de la República. Díaz soltó una sonora carcajada. Pero Madero salió convencido de que en la batalla planteada valía todo. Pronunció discursos tremendos contra la dictadura. Su voz era poca, pero conocía perfectamente los recursos para llegar al pueblo. Y la llama se encendió rápidamente. En vísperas de las elecciones, Madero pudo advertir con toda claridad que el régimen de Porfirio Díaz se tambaleaba. «Es cuestión de que ahora todos lo empujemos un poco.»

Se le acusó de subversivo y fue conducido a la cárcel de Monterrey. Porfirio Díaz ganó las elecciones, pero convirtió a Madero en un personaje heroico. Y ya se sabe que los pueblos necesitan héroes.

MADERO, PRESIDENTE.—Fue condenado a diez mil dólares de multa y residencia obligada en San Luis de Potosí. Pero este exceso demostraba la debilidad del régimen y el miedo que se tenía al movimiento antirreeleccionista. Un grupo de parlamentarios presentó un escrito de nulidad de las elecciones de junio. Madero publicó al mismo tiempo el «Plan de San Luis de Potosí», que ha sido considerado desde entonces la carta magna de la revolución mexicana. No era exactamente un programa de gobierno, sino un grito pro reivindicaciones de las gentes más humildes. Se fijaba para el 20 de noviembre un levantamiento general contra Porfirio Díaz. Se contaba para él con la ayuda que podrían prestar los líderes populares que pululaban por el país: Emiliano Zapata, Pancho Villa, Pascual Orozco, los hermanos Cerdán, Abrahán González... La revuelta no tuvo un éxito inmediato, pero demostró que era viable. Madero fue derrotado por el general García Cuéllar, pero Pancho Villa y Zapata luchaban como leones en el campo y le demostraban a Díaz que la cosa era mucho más seria de lo que él mismo podía figurarse. Madero pudo rehacerse, volvió al asedio de Casas Grandes, fue derrotado nuevamente pero logró refugiarse en las montañas allí donde la caballería de Cuéllar era absolutamente ineficaz.

Porfirio Díaz y su vicepresidente Corral trataron de ganar tiempo prometiendo renunciar a sus cargos inmediatamente antes de las próximas elecciones. Pero las cosas habían ido ya demasiado lejos. Se exigió y se consiguió la dimisión inmediata y la salida del país. Porfirio Díaz, cansado y viejo, aceptó un dorado exilio en Francia. El gobierno provisional que se creó inmediatamente fue presidido por el moderado don Francisco de la Barra. Madero entró triunfalmente en México. En términos populares, su fama era entonces mayor que la de la «mismísima Virgen de Guadalupe».

Las elecciones se celebraron en octubre de 1911. Madero tomó posesión del sillón presidencial el 6 de noviembre. Pero ya para estas fechas habían surgido las primeras desconfianzas en el seno mismo de los maderistas. Don Francisco había consentido que las tropas federales masacraran a un grupo de maderistas en Puebla. Una auténtica carnicería en la que murieron hasta los niños y las mujeres. Los antiguos servidores del régimen porfirista campaban a sus anchas por los salones de Palacio como si no hubiera habido por medio una revolución. La prensa tradicional atacaba a Madero sin que éste reaccionara. Los problemas de los pobres campesinos seguían sin soluciones claras. Y encima quería desarmar a las patrullas de Zapata y Pancho Villa.

La primera conjura contra Madero nació en el seno mismo de su partido. Se habló de hacerlo prisionero e inhabilitarlo como presidente. El Plan de Tacubaya, que obedecía a la inspiración más radical de los maderistas, hablaba de don Francisco en términos dramáticos: «pérfido, demente y criminal». Zapata publicaba poco después el Plan de Ayala en que se nombraba a Pascual Orozco jefe del Estado y se acusaba a Madero de «haber profanado la bandera mexicana con la mano sacrílega de los yanquis». Se quería un socialismo populista que estaba visto que no se podía esperar de la acción política de Madero. Con lo cual crecía su impopularidad y se aumentaba la falta de respeto a la Presidencia. Madero daba cotidianamente señales evidentes de ser un hombre débil que pretendía contentar a todos sin conseguir contentar a ninguno.

LA DECENA TRAGICA.—Por si fuera poco todo esto, entraron en juego los intereses mercantilistas de Estados Unidos. El embajador Lane Wilson montó una auténtica contrarrevolución que produjo los primeros disparos el 8 de febrero de 1913. Bernardo Reyes y Félix Díaz —sobrino de Porfirio— fueron liberados de la cárcel y se pusieron al frente de 3.000 hombres que atacaron inmediatamente el Palacio Nacional. Fueron rechazados, pero lograron tender una emboscada nada menos que al Presidente cuando éste se dirigía a Chapultepec en un intento de coger a Díaz entre dos fuegos. Madero tuvo que refugiarse en un palacio vecino mientras Díaz se hacía fuerte en la ciudadela. Para colmo de desaciertos, Madero dio el mando de sus tropas a Huertas, que estaba en secreta connivencia con los enemigos del Presidente. El embajador Wilson había sugerido a Huertas la necesidad de que dimitiera Madero y del nombramiento de un nuevo presidente que sería él, el mismo Huertas. Y la tentación era lo suficientemente fuerte como para que Huertas la rechazara. Derrotadas las tropas de Madero en el asalto a la ciudadela en que se encontraba Díaz, el camino quedaba libre para cualquier maniobra. Madero y el vicepresidente Pino Suárez fueron hechos prisioneros en el Palacio Nacional. Gustavo Madero fue detenido también mientras almorzaba con el traidor Huertas. Se juzgó a los dos hermanos y se fusiló de inmediato a Gustavo. Don Francisco, vencido ya por su propia desgracia, aceptó firmar la dimisión. Y pocos días después se le comunicó por Huertas que sería trasladado a Cuba. Una guardia especial lo protegería hasta el puerto a fin de evitar la revancha de las multitudes.

Los periódicos reaccionarios se burlaban de Madero (arriba, a la izquierda) por su baja estatura. Sobre estas líneas, Huerta y Lane Wilson, responsables directos del asesinato de Madero.

Pero la traición de Huertas era traición hasta el fin. Fingió que unos supuestos maderistas pretendían liberar al presidente. Organizó una refriega y por medio de Cárdenas ejecutó a Madero. Un tiro en la nuca y cayó fulminado al suelo. José María Pino Suárez corría la misma suerte instantes después. El parte «oficial» daba cuenta de este «encuentro con grupos maderistas en el que había habido cinco muertos: tres soldados, don Francisco Madero y don José María Pino Suárez». Estados Unidos hizo como que no se creía la versión oficial. Pero el gobierno contrarrevolucionario fue reconocido días más tarde.

Con Madero moría más un ideólogo de la revolución que un auténtico revolucionario. Le faltó valor, cierta dosis de frialdad, una consecuencia lógica con los principios que había sustentado.—MARTIN DE QUIÑONES (Fotos: Coprensa).